

LA CIUDAD EN EL LENGUAJE Y EL LENGUAJE EN LA CIUDAD

Rocío PEÑALTA CATALÁN y Diego MUÑOZ CARROBLES

Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Filología Románica, Filología Eslava y Lingüística General
rociopenalta@filol.ucm.es y dmcarrobles@filol.ucm.es

Resumen

Una de las metáforas clásicas consiste en comparar la ciudad con el cuerpo, con un organismo viviente. La ciudad es, en efecto, un ente vivo, que crece, cambia, se modifica en función de los acontecimientos históricos, sociales, políticos, culturales, etc. Asimismo, son numerosos los nombres y calificativos relacionados con la anatomía humana que se aplican a la ciudad, como por ejemplo, el corazón de la ciudad, el centro neurálgico, las arterias, la circulación, el pulmón de la ciudad, etc. Aunque en el ámbito del urbanismo el lenguaje que relaciona la ciudad con un cuerpo humano se ha ido generalizando a lo largo del siglo XX, ya desde el siglo I a. C. el arquitecto romano Vitruvio proponía la construcción de la ciudad en función de las proporciones del cuerpo humano. Por otra parte, podemos encontrar ejemplos de estas metáforas que identifican el espacio urbano con un organismo vivo en la literatura de todas las épocas, que no sólo ha aprovechado las ya existentes sino que ha generado otras nuevas, como es el caso de la novela de Émile Zola *El vientre de París*, que equipara el mercado central de la capital francesa con un enorme estómago. En la segunda parte de este trabajo pretendemos mencionar los fenómenos lingüísticos más importantes que tienen lugar en el contexto urbano. La ciudad constituye un escenario privilegiado para la investigación lingüística, ya que es motor del cambio y de la innovación dentro de la lengua, y en este ámbito ocurren procesos tales como la diferenciación diastrática de la lengua (según la clase social), la planificación lingüística, así como el contacto de lenguas, ya sean vernáculos o bien como consecuencia de procesos migratorios. Intentaremos analizar brevemente estos procesos aportando ejemplos de ciudades como Nueva York, Montreal, Madrid o Barcelona.

Palabras clave: ciudad, lengua y literatura, metáfora, sociolingüística.

1. INTRODUCCIÓN

En la literatura y la lingüística contemporáneas, la ciudad se ha convertido en tema fundamental y foco de innovación. A través del quiasmo que da título a nuestro artículo –y cuya finalidad es mostrar la estrecha relación que existe entre los dos conceptos, lenguaje y ciudad– pretendemos acercar brevemente al lector al valor metafórico del espacio urbano en la literatura y al papel como centro de difusión y campo de exploración que desempeña en el estudio de la lengua.

2. LA CIUDAD EN EL LENGUAJE

La ciudad es el lugar donde el hombre vive, trabaja, se relaciona y se comunica con sus semejantes. El espacio urbano es, en consecuencia, un espacio afectivo, o antropológico –según la terminología de Marc Augé–, cargado de significaciones. La literatura y el arte ofrecen testimonio de la importancia de la ciudad, que se convierte en marco e incluso en protagonista de la acción en numerosas obras, especialmente desde el inicio de la Modernidad –y el *Spleen de Paris* de Charles Baudelaire constituye un buen ejemplo, con la ciudad como elemento fundamental desde el título. El cine, arte por excelencia del siglo XX, tiene también el espacio urbano como decorado principal en muchas ocasiones. La importancia de la ciudad en todas las artes, y sobre todo en la literatura, ha dado origen a múltiples símbolos, metáforas, comparaciones y todo tipo de figuras retóricas relacionadas con el paisaje urbano.

2.1. La ciudad como cuerpo

Uno de los recursos clásicos consiste en comparar la ciudad con el cuerpo humano. Efectivamente, hay numerosas metáforas organicistas e incluso animistas que establecen una equivalencia entre el

espacio de la ciudad y un organismo vivo. Si bien es útil –y frecuente– realizar un análisis de la ciudad desde el punto de vista funcional, destacando las grandes funciones que en ella se desarrollan, sería en nuestra opinión un poco reductor dejar de lado otras posibles interpretaciones o lecturas del espacio urbano. Una de estas interpretaciones es, como ya hemos señalado, la visión fisiológica de la ciudad, es decir, la consideración de ésta como un organismo vivo.

Italo Calvino, en su artículo “Los dioses de la ciudad”, yuxtapone estas dos visiones del espacio urbano: la ciudad como máquina y la ciudad como ser vivo. La comparación de la ciudad con una máquina es pertinente en el sentido de que permite conocer su funcionamiento, su utilidad; en resumen, que la ciudad sirve para ser habitada.

Le Corbusier, en la *Carta de Atenas* (1943), texto que recoge las conclusiones del IV CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna), celebrado en 1933 en Atenas, y cuyo tema principal había sido, precisamente, “La ciudad funcional”, establece las cuatro grandes “funciones” humanas: habitar, trabajar, divertirse y desplazarse o circular, que todos los ciudadanos llevan a cabo en el medio urbano. Esta carta –texto fundador del urbanismo moderno– expone los medios para mejorar las condiciones de vida en la ciudad moderna, que debe permitir el desarrollo armonioso de estas funciones fundamentales, y presenta en 95 puntos un programa para la planificación y la construcción de las ciudades basado en la creación de zonas independientes para las cuatro “funciones” señaladas: la vida, el trabajo, el ocio y las infraestructuras de transporte. La *Carta de Atenas* ha sido muy criticada por la visión excesivamente rígida del urbanismo que ofrece, ya que hoy en día se concibe la ciudad no como un plano dividido en compartimentos estancos, sino como una red en la que todas las funciones, los lugares y los individuos se interrelacionan.

Volviendo a la teoría que Italo Calvino expone en el artículo mencionado, la comparación de la ciudad con una máquina, si bien es pertinente, es también “desviadora” ya que todas –o casi todas– las ciudades son resultado de adaptaciones sucesivas a funciones diversas que no estaban previstas en el momento de su planificación inicial, mientras que una máquina ha sido creada para cumplir una función concreta (CALVINO, 1995: 310). Puesto que la ciudad cambia, crece y se transforma en función de los acontecimientos históricos, sociales, políticos o culturales, puede compararse con un organismo vivo.

[...] la comparación con el organismo viviente en la evolución de la especie [...] puede decirnos algo importante sobre la ciudad: cómo pasando de una era a otra las especies vivientes o adaptan sus órganos a nuevas funciones o desaparecen. Lo mismo pasa con la ciudad. Y no hay que olvidar que en la historia de la evolución cada especie se lleva consigo caracteres que parecen restos de otras, puesto que no se corresponden ya con necesidades vitales [...]. Así, la fuerza de la continuidad de una ciudad puede consistir en caracteres y elementos que no parecen hoy imprescindibles porque están olvidados o contraindicados para su funcionamiento actual. (CALVINO, 1995: 310-311)

El propio Le Corbusier, en su libro *A propósito del urbanismo*, escribe sobre los cambios que se han producido en la estructura de la ciudad a medida que la velocidad de los medios de transporte ha ido aumentando (cf. LE CORBUSIER, 1980: 7). Cada movimiento que se opera en la sociedad –ya sea lento y gradual o rápido y súbito– deforma y readapta o degrada de manera irreparable el tejido urbano, su topografía, su sociología, su cultura institucional, su cultura de masas y su antropología.

En el momento actual, la metrópoli es diversa y compleja, y cada uno de sus elementos forma parte de un plano “intrincado y fluido, difícil de reconducir a la esencialidad de un esquema” (CALVINO, 1995: 312) tan simple como el propuesto por aquellos primeros urbanistas.

En el interior de este tejido urbano hay órganos que la ciudad necesita para su correcto funcionamiento. Se suele hablar del corazón de la ciudad, de las arterias, del centro neurálgico... Diversos nombres y calificativos relacionados con la anatomía humana se aplican a la ciudad, lo que confirma nuestra hipótesis acerca de las metáforas corporales. Los propios urbanistas emplean este vocabulario en sus proyectos cuando hablan de las arterias de una ciudad, para referirse a las grandes vías de circulación por las que se desplazan los ciudadanos y los vehículos, que, a su vez, se convierten en la sangre de la ciudad, al ser denominados “circulación”; el corazón, al hablar del centro de la ciudad, de su casco antiguo, de la plaza mayor; la espina dorsal o columna vertebral, que es la principal vía pública que atraviesa y comunica la ciudad; el centro neurálgico que, en general, designa el núcleo político o económico de la ciudad, el foco administrativo, institucional o empresarial; los pulmones de la ciudad, que son sus parques, jardines públicos y zonas verdes, etc. Se habla también de las zonas “cancerosas” o enfermas de la ciudad, o de sanear ciertos barrios. Le Corbusier habla de la “lepra de los suburbios” que debía desaparecer con la mejora de las condiciones de vida y de trabajo de las masas obreras en la gran ciudad moderna.

Aunque, en ocasiones, estas expresiones pueden ser empleadas por los urbanistas o por los poderes públicos de una manera interesada y eufemística, aportan riqueza y matices al lenguaje sobre la ciudad. El hecho de que la literatura haya incorporado estas metáforas y comparaciones a su discurso constituye una buena prueba de ello.

En realidad, la identificación entre forma urbana y forma humana es un tópico casi ancestral. Uno de sus momentos culminantes es el Renacimiento. Desde Vitruvio (siglo I a. C.), la naturaleza ha sido un referente fundamental, tanto para la arquitectura como para el urbanismo. Los arquitectos renacentistas se interesaron en ella en busca de una legitimación de orden superior: la naturaleza representaba lo divino, todo lo positivo que la ciudad debía imitar. Perseguían también la belleza, puesto que la naturaleza había sido reconocida por todos como un ideal de armonía y equilibrio (*vid.* GARCÍA VÁZQUEZ, 2006: 120). Es por esto por lo que la arquitectura imita a la naturaleza y, en ocasiones, al cuerpo humano.

Una muchacha corintia, de buena familia, dispuesta ya para sus esponsales, enfermó y murió. Tras el funeral, su sierva recogió en un cestillo las vasijas y las copas que la muchacha amó en vida y las llevó al monumento, dejándolas en lo más alto del mismo. Cubrió el cestillo con un ladrillo garantizando así el que sus pertenencias la sobrevivirían tanto más que si el cestillo hubiera quedado abierto. Por caso, colocó el cestillo sobre una raíz de acanto que, a pesar de estar sometida al peso del cestillo, floreció en primavera con profusión de tallos y hojas. Los tallos al crecer, forzados por la presencia del ladrillo sobre el cestillo, se rizaron, formando volutas en los ángulos. Calímaco, a quien por la elegancia y el refinamiento de sus labras llamaban *Catatechnos* los atenienses pasó frente al monumento y reparó en el cestillo y en las tiernas hojas. Atraído por el conjunto y la novedad de aquella forma, labró para los corintios columnas inspiradas en aquel modelo, fijando así las normas de sus proporciones. (VITRUVIO *apud* MONEO VALLÉS, 2005: 13)

Todo esto se ha reflejado también en las artes plásticas, que han representado paisajes urbanos y edificios con características y rasgos antropomorfos. La pintura juega con los panoramas naturales, los arbustos y las rocas se combinan para crear perfiles y siluetas humanas. Incluso las antiguas cartas geográficas daban formas humanas a las tierras y ciudades representadas.

2.2. Metáforas corporales y espacio urbano

Se puede encontrar una gran cantidad de ejemplos de estas metáforas que transforman la ciudad en cuerpo humano a lo largo de toda la literatura. En este artículo hemos recogido diversas citas literarias que ponen de manifiesto la productividad que esta humanización del paisaje urbano tiene en la novela occidental. Hay que advertir que esta selección no pretende en ningún caso ser exhaustiva; por el contrario, hemos seleccionado ejemplos de los que ya teníamos constancia, de obras que ya conocíamos, siendo perfectamente conscientes de que existen muchísimos más, tanto

en la novela como en otros géneros literarios, y tanto en la obra de autores occidentales como en la literatura oriental.

Ya hemos hablado sobre las arterias de la ciudad, sobre su corazón. He aquí un ejemplo extraído de la novela *La télévision* de Jean-Philippe Toussaint. El narrador sobrevuela en avión la ciudad de Berlín y describe el paisaje urbano que observa desde el aire, utilizando varias metáforas organicistas.

Vu d'en haut, à trois ou quatre cents pieds d'altitude, la ville, immense, que le regard ne pouvait embrasser d'un seul coup tant elle s'étendait de toutes parts, semblait être une surface étonnamment plate et régulière [...] que traversait parfois une grande artère, où l'on pouvait suivre la progression de minuscules voitures [...]. Je reconnaissais ici ou là quelque monument dont les formes caractéristiques se profilaient en contrebas, la Siegessäule, isolée au cœur de son étoile d'avenues presque désertes [...]. (TOUSSAINT, 2002: 178-179)

Para el narrador de *La télévision*, la autopista que atraviesa Berlín parece un “brazo tendido en dirección a los confines de la Funkturm” (TOUSSAINT, 2002: 49); y por ella se puede observar el avance de los vehículos, que circulan como un líquido que fluye por las arterias de la ciudad.

Puis, avant de traverser, [...] je dus attendre le passage de nouveaux flux de voitures, qui se présentaient toujours par vagues successives, ne laissant entre elles qu'une courte respiration avant le déferlement bruyant de la vague suivante. (TOUSSAINT, 2002: 50)

Si la ciudad es un cuerpo, el suelo, sus superficies son la carne de este enorme ser vivo. Para Boris Vian, en *L'écume des jours*, la tierra sobre la cual caminan los personajes es un músculo tibio y palpitante, hollado una y otra vez por los paseantes.

Il marchait le plus vite possible, mais ses pieds enfonçaient dans la terre chaude qui, partout, reprenait lentement possession des constructions et de la route. [...] Il pressa le pas, arrachant ses pieds des trous qu'ils formaient dans le sol. La terre se resserrait aussitôt, comme un muscle circulaire, et il ne subsistait plus qu'une faible dépression à peine marquée, elle s'effaçait presque immédiatement. (VIAN, 2006: 241-242)

Y bajo la superficie, bajo la piel de la ciudad, están sus entrañas: los subterráneos, las tuberías, los túneles por los cuales circula el metro. Las vías del metro son, según la descripción de Francisco Umbral en *Mortal y rosa*, los intestinos féreos que atraviesan el alma de la metrópoli; y la estación subterránea, un “inmenso útero latiente”:

Volver al Metro. Cuando una ciudad tiene acacias, soles provincianos, cerveza, cuando una ciudad ignora el intestino férreo que le corre por el alma, el hombre de la calle, dicen, el hombre de debajo de la calle [...] era cuando entrabas en el metro batiendo fuerte las puertas de hierro, inmenso útero latiente de multitud, de olores, de vendedoras de carteles... (UMBRAL, 2007: 127)

De la misma manera, el dramaturgo estadounidense Elmer L. Rice compara en su obra de teatro *The Subway: A Play in Nine Scenes* (1929) el espacio subterráneo recorrido por el metro con las entrañas de la ciudad. “And under the ground... thousands and thousands of holes..., hundreds of thousands... Rails of steel, twists, bends... ‘The Subway’. The entrails of the city. ¡Speed! ¡Speed!” (RICE, 1935: escena VI).

Émile Zola, con su novela *El vientre de París*, ha creado una nueva metáfora verdaderamente productiva al comparar el mercado de Les Halles con un estómago gigante, el vientre que digiere el alimento y que genera los desechos de París. El edificio se convierte en símbolo de la Modernidad, del crecimiento y la degeneración de la gran ciudad moderna, de los celos y la avaricia, de la lucha de clases, de las fortunas amasadas por los gordos burgueses, de la abundancia pero también de la pobreza, de la mezquindad, de la mediocridad de una clase media que aspira a ascender en la escala social a cualquier precio.

Il revoyait les fenêtres luisantes des boulevards, les femmes rieuses, la ville gourmande qu'il avait laissé par cette lointaine nuit de janvier ; et il lui semblait que tout cela avait grandi, s'était épanoui dans cette énormité des Halles, dont il commençait à entendre le souffle colossal, épais encore de l'indigestion de la veille. (ZOLA, 1974: 21-22)

Maintenant il entendait le long roulement qui partait des Halles. Paris mâchait les bouchées à ses deux millions d'habitants. C'était comme un grand organe central battant furieusement, jetant le sang de la vie dans toutes les veines. Bruit de mâchoires colossales, vacarme fait du tapage de l'approvisionnement, depuis les coups de fouet des gros revendeurs partant pour les marchés de quartier, jusqu'aux savates traînantes des pauvres femmes qui vont de porte en porte offrir des salades, dans des paniers. (*Ibid.*: 52-53)

Les Halles géantes, les nourritures débordantes et fortes, avaient hâté la crise. Elles lui semblaient la bête satisfaite et digérant, Paris entripaillé, cuvant sa graisse, appuyant sourdement l'empire. Elles mettaient autour de lui des gorges énormes, des reins monstrueux, des faces rondes, comme de continuel arguments contre sa maigreur de martyr, son visage jaune de mécontent. C'était le ventre boutiquier, le ventre de l'honnêteté moyenne, se ballonnant, heureux, luisant au soleil, trouvant que tout allait pour le mieux, que jamais les gens de mœurs paisibles n'avaient engraisé si bellement. (*Ibid.*: 226)

Como símbolo de la Modernidad, el mercado central es una construcción de acero y cristal, una enorme máquina moderna:

[...] elles apparurent comme une machine moderne, hors de toute mesure, quelque machine à vapeur, destinée à la digestion d'un peuple, gigantesque ventre de métal, boulonné, rivé, fait de bois, de verre et de fonte, d'une élégance et d'une puissance de moteur mécanique, fonctionnant là, avec la chaleur du chauffage, l'étourdissement, le branle furieux des roues. (ZOLA, 1974: 44-45)

En *El Gatopardo* de Tomasi di Lampedusa, el perfil de la ciudad, el *skyline*, las cúpulas que destacan sobre la línea de tejados son asimiladas a escuálidos senos vacíos y secos.

La strada adesso era in leggera discesa e si vedeva Palermo vicina completamente al buio. Le sue case basse e serrate erano oppresse dalla smisurata mole dei conventi; di questi ve ne erano diecine, tutti immani, spesso associati in gruppi di due o di tre, conventi di uomini e di donne, conventi ricchi e conventi poveri, conventi nobili e conventi plebei, conventi di Gesuiti, di Benedettini, di Francescani, di Cappuccini, di Carmelitani, di Liguorini, di Agostiniani... Smunte cupole dalle curve incerte simili a seni svuotati di latte si alzavano ancora più in alto, ma erano essi, i conventi, a conferire alla città la cupezza sua e il suo carattere, il suo decoro e insieme il senso di morte che neppure la frenetica luce siciliana riusciva mai a disperdere. (TOMASI DI LAMPEDUSA, 2002: 44)

En la novela *Paesi tuoi* de Cesare Pavese, la descripción del entorno, la personificación de los elementos naturales y una adjetivación rica en matices transforman el paisaje en el verdadero protagonista de la narración. Las colinas, los campos sembrados, el cielo, adquieren rasgos humanos, y los personajes entablan un diálogo con ellos. El mejor ejemplo de antropomorfismo lo encontramos en la metáfora que identifica las colinas con los pechos de una mujer; comparación que el protagonista de *Paesi tuoi* repite una y otra vez. En su opinión, la granja donde vive está situada entre dos colinas que parecen dos senos. El paisaje aparece cargado, por lo tanto, de connotaciones eróticas.

Me vuelvo y veo otra vez la colina del tren. Había crecido y parecía totalmente una teta, completamente redonda en las laderas y con un mechón de árboles que la manchaba en la punta. Y Talino se reía para sí, como un palurdo, como si estuviera de verdad ante una mujer que le mostrara la teta. Apuesto a que nunca antes lo había pensado. (PAVESE, 2001: 31)

Miro hacia arriba los murciélagos que vuelan y veo ante mí, toda rosada, la colina del tren, con su pezón en la punta, sus luces en la ladera, y me vuelvo, pero la casa esconde la otra que se veía desde la era. Estamos en medio de dos mamas, digo; aquí nadie lo piensa, pero estamos entre dos mamas. (*Ibid.*: 40)

2.3. La ciudad como cuerpo femenino

Desde la Antigüedad, los hombres representaban el espíritu de la ciudad evocando los nombres de los dioses que habían presidido su fundación. Estos nombres eran personificaciones de actitudes vitales o bien personificaciones de elementos del entorno –un río, un accidente orográfico, un tipo de vegetación– que debían garantizar la permanencia de la imagen de la ciudad, en tanto que forma estética y emblema de sociedad ideal, a lo largo del tiempo a pesar de las sucesivas transformaciones del paisaje urbano. Hay numerosas representaciones artísticas de estos dioses fundadores y protectores, sobre todo bajo la forma de una mujer coronada de murallas y torres, símbolo de la ciudad fortificada; como, por ejemplo, la diosa Cibele.

Es curioso el hecho de que la ciudad sea representada por la figura de una divinidad femenina y no por una masculina. De la misma manera, el espacio de la ciudad aparece a menudo en la literatura como el cuerpo de una mujer que hay que conquistar y ocupar. Un buen ejemplo lo encontramos en la obra de Agustín de Foxá, escritor y embajador español en Rumanía durante el periodo de entreguerras, que describe –en su relato *Misión en Bucarest*– los paseos del protagonista por la ciudad como la toma de posesión del cuerpo de una mujer: “Julio tomaba íntegra posesión de la ciudad como si se tratara de una mujer” (FOXÁ, 1965: 52). La capital rumana se presenta como un espacio sensual y sensorial recorrido de un extremo al otro por el protagonista, que penetra en los rincones más profundos de la ciudad (PEÑALTA, 2009: 143).

En este sentido, es realmente interesante el caso de *Le città invisibili* de Italo Calvino, un conjunto de textos sobre ciudades imaginarias con nombres femeninos. El autor bautiza cada una de las 55 ciudades con un nombre de mujer, la mayoría de ellos de origen griego –Dorotea, Isaura, Zoe, Eufemia, Tecla, Irene–; pero también los hay de origen hebreo –Tamara–; árabe –Zaira, Zora, Zenobia–; latino –Olivia, Octavia, Clarisa–; germánico –Valdrada, Adelma, Olinda–; ruso –Fedora–, e incluso guaraní –Raísa. Muchos de ellos proceden de la mitología clásica, como Baucis, Pirra o Pentesilea.

De nuevo, encontramos aquí numerosos ejemplos que permiten identificar las ciudades con cuerpos femeninos, sobre todo entre los textos reunidos bajo el epígrafe de “Las ciudades y el deseo”. El narrador de *Las ciudades invisibles* es Marco Polo, un explorador solitario siempre ávido de realizar nuevas conquistas. “Al hombre que cabalga largamente por tierras agrestes le asalta el deseo de una ciudad” (CALVINO, 2007: 23). Expresado de esta manera, el deseo de la ciudad aparece casi como una pulsión; como si de una mujer se tratara, el viajero imagina cómo sería su “ciudad ideal”: “[...] En todas estas cosas pensaba el hombre cuando deseaba una ciudad. Isidora es, pues, la ciudad de sus sueños [...]” (*ibíd.*).

Este anhelo de dominación y conquista se hace explícito en los relatos que se encuadran en la sección “Las ciudades y el deseo”. En todas estas ciudades aparecen mujeres –además de riquezas, especias, manjares suculentos y todo aquello que pueda despertar los apetitos humanos. En Dorotea, “las mujeres tenían hermosos dientes y miraban directamente a los ojos” (CALVINO, 2007: 24); los fundadores de Zobeida soñaron con “una mujer que corría de noche [...], la vieron de espaldas, con el pelo largo, y estaba desnuda” (*ibíd.*: 59); en Despina hay “patios embaldosados sobre los cuales danzan descalzas las bailarinas y mueven los brazos, ya dentro, ya fuera del velo” (*ibíd.*: 33); en Anastasia, las mujeres se bañan en el estanque de un jardín “y a veces invitan al viajero a desvestirse con ellas y a perseguirlas en el agua” (*ibíd.*: 27).

Entre las ciudades invisibles podemos encontrar imágenes positivas y negativas, ciudades felices y ciudades tristes, ciudades que acogen con hospitalidad al viajero y otras que le expulsan o que le hacen perderse en su interior. La literatura utiliza de manera muy sutil la relación entre la morfología del cuerpo femenino y la configuración del espacio urbano, pues esta relación va

mucho más allá de la simple identificación entre la apariencia física de la mujer y el paisaje de la ciudad.

Dubois descubre un doble aspecto en el simbolismo femenino y maternal de la gran ciudad, un lado positivo y un lado negativo o –con sus propias palabras– una “bonne image” y una “mauvaise image” maternas. La imagen maternal en sentido positivo da lugar a ciudades opulentas, protectoras y nutricias, “que son como la esposa de su caudillo y la madre de su rey”. Pero la ciudad puede responder también a una imagen negativa de la maternidad: “Se reviste entonces de un hábito guerrero, se transforma en amazona y entra en conflicto con el Padre: este conflicto termina con la destrucción de la ciudad [...]”. De esta manera, a las ciudades felices y plenas como la Jerusalén celeste o la Roma de la *Eneida* se oponen las ciudades incompletas o malditas: Sodoma, Babel, la Gran Babilonia del *Apocalipsis*¹², Troya y Cartago (DUBOIS, 1985: 168-169).

El caos urbano puede representar la moral desordenada y confusa de esta ciudad-mujer, que se presenta como un cuerpo oferente y apetecible. Guiado por sus anhelos, el hombre penetra en la ciudad con el fin de conquistarla. Pero la ciudad es engañosa, posee una cara dulce y otra maligna, y termina por atrapar al hombre. El hombre no conquista la ciudad, es la ciudad la que domina al hombre.

En la tetralogía *El cuarteto de Alejandría* (1957-1960) del escritor británico Lawrence Durrell, podemos encontrar numerosos casos en que la ciudad de Alejandría domina la voluntad de los personajes, ejerciendo una extraña influencia –casi siempre negativa– sobre ellos. La ciudad es continuamente personificada, es quien decide y controla la existencia de sus habitantes. Por ejemplo, en la primera novela, *Justine*, podemos leer pasajes sobre la ciudad como los siguientes:

Me remonto paso a paso por el camino del recuerdo para llegar a la ciudad donde todos vivimos un lapso tan breve, la ciudad que se sirvió de nosotros como si fuésemos su flora, que nos mezcló en conflictos que eran suyos y que creímos erróneamente nuestros, la amada Alejandría. (DURRELL, 1964: 11)

Justine decía que estábamos atrapados en la proyección de una voluntad demasiado poderosa y deliberada para ser humana, el campo de atracción que Alejandría presentaba ante aquellos que había elegido para convertir en sus símbolos vivientes... (Ibíd.: 17)

Cuando el *cafard* de la ciudad se apoderaba de ella, me desesperaba tratando de imaginar la manera de despertarla de su apatía. (Ibíd.: 53)

2.4. Las metáforas de la ciudad postmoderna

Hoy en día, aparentemente predomina una visión negativa de la metrópoli en el mundo actual. La gran ciudad postmoderna ha perdido su carga afectiva, su significación antropológica, convirtiéndose en un espacio deshumanizado donde el hombre ya no puede reconocerse, ni reconocer su pasado, su historia, identificarse con sus semejantes; es lo que Marc Augé denomina “no-lugar”.

A pesar de esta visión negativa, el espacio urbano posmoderno, el no-lugar –también denominado por el arquitecto holandés Rem Koolhaas “espacio basura” o “ciudad genérica” (cf. KOOLHAAS, 2006 y 2007)– continua generando metáforas corporales, como ésta de la novela *Ventanas de Manhattan* de Antonio Muñoz Molina, en la que un espacio tan neutro e impersonal como el aeropuerto es comparado con el interior del organismo humano:

Al salir del avión por uno de esos tubos que se acoplan a las puertas no se llega nunca a una ciudad ni a un país, sino al espacio neutro y opresivo de un aeropuerto, sobre todo al llegar a la Terminal de la compañía TWA en el aeropuerto Kennedy, que tiene pasillos semejantes a las tuberías interiores de un organismo humano y salas

¹² El *Apocalipsis* describe a Babilonia como una mujer vestida de púrpura y adornada de oro y piedras preciosas. “La mujer que has visto es aquella ciudad grande que tiene la soberanía sobre todos los reyes de la tierra” (Ap 17, 18).

cerradas y cóncavas como las cámaras secretas de un cuerpo. No se ve nada, todavía, no se ve a nadie, ni siquiera hay flechas o indicadores, tan sólo hay que dejarse llevar entre la multitud de los recién llegados por los conductos tubulares, por las escaleras mecánicas, por las puertas automáticas que se abren de golpe con un silbido hidráulico, todos los pasajeros unificados en nuestros pasos por un rígido destino común, aunque provisional, por el cansancio del viaje, apretados en los corredores estrechos, que tienen un aire penitenciario, una anticipación del modo en que seremos tratados cuando lleguemos a la gran sala del control de pasaportes, donde confluyen viajeros llegados de cualquier esquina del mundo, como una vasta representación de la Humanidad. (MUÑOZ MOLINA, 2004: 22)

Con este último ejemplo pretendemos demostrar que la comparación entre la ciudad y el cuerpo y todas las metáforas derivadas de este recurso están todavía en vigor en la literatura y el arte actuales.

3. EL LENGUAJE EN LA CIUDAD

En esta segunda parte de nuestro trabajo queremos insistir en las metáforas que se emplean para definir a la ciudad, entendida en este caso como escenario donde se desarrollan varios fenómenos lingüísticos destacables. Concretamente nuestra intención es tratar la ciudad como ecosistema, como mosaico y como motor.

La ciudad constituye para los lingüistas un campo de estudio rico y difícil de agotar, en especial para la sociolingüística, desde los pioneros estudios de William Labov sobre la ciudad de Nueva York en los años 60. Un insigne nombre de esta disciplina, R. Wardhaugh, insiste en la complejidad y utilidad de la ciudad como campo de estudio lingüístico:

Cities are much more difficult to characterize linguistically than are rural hamlets; variation in language and patterns of change are much more obvious in cities [...]. Migration, both in and out of cities, is also usually a potent linguistic factor. Cities also spread their influence far beyond their limits and their importance should never be underestimated. (WARDHAUGH, 1998: 46-47)

El ser humano necesita apropiarse del espacio mediante el lenguaje y por ello, va creando los nombres de lugar o topónimos: esto no podría ser una excepción en el caso urbano y por ello, junto a los nombres oficiales de calles, plazas o poblaciones, tenemos ejemplos de topónimos populares como podría ser Pucela (Valladolid) o bien apelativos que han hecho olvidar la denominación administrativa de algunas vías públicas la Plaza de los Cubos (Plaza Santa María Micaela) o la Plaza de la Luna (Plaza Soledad Torres Acosta). Este es un mero ejemplo de cómo las personas usamos el lenguaje para moldear el espacio.

Asimismo, la existencia de diferentes lenguas dentro de la misma ciudad puede propiciar interesantes muestras de paisaje lingüístico urbano: rótulos de tiendas y negocios en diferentes idiomas, anuncios en farolas y semáforos, carteles publicitarios en lenguas de comunicación internacional, etc. La ciudad occidental contemporánea vive en idiomas diversos, es un espacio lingüístico plural, en movimiento. El multilingüismo urbano puede configurar espacios cosmopolitas, bilingües, plurilingües, o en el peor de los casos, las lenguas pueden sufrir una segregación espacial y llegar a crear guetos dentro de una ciudad (Chinatown).

3.1. La ciudad, ecosistema

La sociolingüística, entendida como el estudio de la variación social del lenguaje, se ha ocupado desde sus inicios del contexto urbano. Sin embargo, una disciplina más reciente se abre paso: la ecolingüística, el estudio de la lengua como un ecosistema, especialmente desde los estudios de H. Haarmann, en los años 80, para quien “la ecología lingüística debería abarcar todas las redes de relaciones sociales que controlan la variación del lenguaje y el comportamiento de sus hablantes” (HAARMANN, 1986: 3). Si tomamos la ciudad como un ecosistema, podemos decir que es el

hábitat de individuos y comunidades que poseen lenguas diferentes, por ello nos interesa saber cómo interactúan los diferentes idiomas dentro del espacio urbano.

No todos los casos de convivencia entre lenguas se comportan de manera semejante; podemos distinguir situaciones de cosmopolitismo, cuando conviven lenguas de circulación internacional y asociadas a comunidades lingüísticas de estatus social medio-alto. Ponemos el caso de Bruselas, sede de numerosos organismos internacionales. Igualmente podemos encontrar ciudades donde se dan casos de bilingüismo social –no queremos entrar en consideraciones de lenguas prestigiosas o lenguas perseguidas, como podría ser Barcelona, cuya sociedad vive y se desarrolla en catalán y español.

Junto a los casos de lenguas vernáculas que conviven, encontramos el caso de las lenguas no autóctonas de las diferentes comunidades lingüísticas inmigrantes que han ido llegando a las ciudades occidentales. Las lenguas de la inmigración han ido modelando el ecosistema urbano, hasta hace décadas monolingüe, y ellas mismas han sufrido variación en contacto con la variedad dominante.

La convivencia entre idiomas dentro de la ciudad suele dar lugar a la aparición de híbridos lingüísticos, como resultado del contacto cultural y de lenguas. Pensemos en el *Spanglish*, fenómeno típicamente urbano que nació del contacto entre las comunidades de habla hispana con la lengua inglesa en las ciudades de Estados Unidos. De hecho, Diarmait Mac Giolla, al analizar el caso de la ciudad californiana de Los Ángeles, insiste en que la lengua de los inmigrantes hispanos está cambiando la ciudad: “One can assume that the overwhelming majority of the foreign-born population of the city speaks Spanish as first language. But coincident with this is the emergence of ‘Spanglish’ as an urban linguistic phenomenon” (MAC GIOLLA, 2007: 131-132).

Existen otros casos como el *joual* de la ciudad francocanadiense de Montreal, fruto del contacto entre inglés y francés en el contexto urbano, o el lunfardo de Buenos Aires y su área metropolitana, surgido del contacto entre español e italiano. Más cerca de nosotros, entre la inmigración rumana de Madrid, se ha popularizado el término “rumañol”, para designar a la variedad de rumano con numerosos préstamos del español, incluso para designar una identidad cultural híbrida, a medio camino entre lo rumano y lo español.

El ecosistema lingüístico urbano puede desarrollarse pues en una o varias lenguas y podríamos establecer el criterio de que una ciudad es multilingüe cuando varios individuos pueden desarrollar su vida en ella en sus propios idiomas.

3.2. La ciudad, mosaico

Llega el turno ahora de ocuparnos de las variedades de una misma lengua dentro de la ciudad y para tal fin hemos elegido la imagen del mosaico. En la ciudad conviven diferentes estratos sociales, cada uno de ellos habla, en teoría, una variedad diferente de la misma lengua, son las denominadas variedades diastráticas. Decimos en teoría porque estas clasificaciones son orientativas, ya que las tradicionales clases sociales son muy difíciles de aislar y porque, dentro de ellas, cada individuo posee su propia variedad de lengua, también llamada idiolecto.

En el mismo escenario urbano podemos encontrar clases “bajas” que comparten unos determinados rasgos de habla, así como unas clases medias y altas, que hacen lo propio. El mosaico nos sirve para ilustrar perfectamente esta situación de variedad diastrática de la lengua: cada tesela puede ser diferente pero vistas en conjunto forman un dibujo unitario, un todo.

Así pues, si nos referimos a Madrid, podemos encontrar individuos de extracción social media-baja con pronunciación “ejke” o aún más asimilada “ejje” junto a la pronunciación afectada (o fingida) que caracteriza a las clases altas (o a las que desean serlo o parecerlo), por ejemplo con el fonema /s/ en posición implosiva. Sin embargo todos los grupos sociales pueden compartir rasgos locales, sobre todo léxicos, como podría ser “tronco” o “piba”. Esto es: cada pieza del mosaico puede tener sus propias “aristas” pero a su vez el mosaico en su conjunto puede y suele compartir rasgos que lo hacen único y lo diferencian de otros mosaicos o ciudades.

3.3. La ciudad, motor del cambio lingüístico

Por último queremos poner en evidencia la importancia de la ciudad como motor del cambio lingüístico, es decir, como foco de la innovación de la lengua. No estamos ante un fenómeno reciente, desde siempre los núcleos urbanos han ejercido su influencia en las diferentes lenguas, a la hora de imponer determinadas formas léxicas o fónicas. Mac Giolla en el libro anteriormente citado declara: “The impact of the city on language is varied; it is often far-reaching and is, occasionally, revolutionary” (MAC GIOLLA, 2007: 1) ¿Por qué puede una ciudad imponer su variedad geolectal o dialecto? Llega ahora el momento de introducir otro concepto clave en la sociolingüística, el prestigio. Históricamente las formas asociadas a la lengua urbana se han considerado prestigiosas y por lo tanto han ejercido una “presión” sobre las formas no prestigiosas, de tal manera que los individuos han optado por adoptar la variedad alta, es decir, el conjunto de formas consideradas de prestigio y abandonar su propia variedad, considerada de menor prestigio. Por ejemplo si repasamos la situación de algunas lenguas cercanas geográficamente a nosotros como el gallego, vemos que, por la situación de diglosia que tiene lugar, el castellano es la lengua mayoritaria en las ciudades pero no en las áreas rurales¹³. En Vigo, menos del 4% de las familias consultadas habla solamente gallego en el ámbito del hogar.

A lo largo de la historia tenemos ejemplos de este proceso, que se ha ido acelerando gracias a la continua urbanización de la sociedad. En el pasado, las innovaciones urbanas se difundían lentamente mediante el intercambio comercial en los diferentes mercados que tenían lugar en los núcleos urbanos y que ponían en contacto a gentes con dialectos diferentes. Así, una palabra nueva propia de la ciudad podía ir penetrando en el resto de dialectos hasta imponerse a las formas autóctonas originales. Hoy día los medios de comunicación hacen que este proceso sea más frecuente y rápido. Los programas y las series de televisión ponen de moda determinadas formas lingüísticas (palabras, pronunciaciones, giros) que generalmente corresponden a la variedad local urbana. Estas formas, debido al prestigio, se van popularizando entre personas que no viven en la ciudad y que las adoptan poco a poco como suyas.

Así, en el caso del español peninsular, tenemos un gran centro de innovación lingüística, que sería Madrid, sede además de los principales medios de comunicación. El prestigio de las formas madrileñas resulta en la difusión de sus formas lingüísticas a otros puntos de la península. Pongamos el ejemplo de “tronco”, “pibe”, “movida” o del verbo *passe-partout* “petar”, que van progresando poco a poco en otras zonas geográficas. En Francia, París ejerce su supremacía como motor del cambio y por eso vemos que fenómenos surgidos en la metrópolis parisina como el *verlan*, que es un tipo de argot urbano y típicamente juvenil que se caracteriza por la inversión de las sílabas y de los sonidos de una palabra (femme > meuf ‘mujer’), se va extendiendo al resto del país y de niveles del lenguaje, o bien la pronunciación londinense que difunden las series y películas británicas y que triunfa en otras zonas del Reino Unido. Debemos notar aquí que junto al aspecto urbano influyen otros factores, como la edad de los hablantes, a la hora de difundir las innovaciones.

¹³ Datos sacados de la última encuesta sobre uso de la lengua, del Instituto Galego de Estatística, “Enquisa de condicións de vida das familias”.

Atención, frente a la difusión de las innovaciones lingüísticas tenemos el fenómeno contrario de resistencia al cambio, el conocido “esprit de clocher”, término acuñado por Saussure para referirse a la defensa de las formas locales frente a las formas venidas de fuera. Cualquiera que lleve un cierto tiempo residiendo en otra ciudad sentirá, al volver a casa, algún reproche sobre su forma de hablar, poco “castiza”.

Junto al foco de innovación y cambio dentro de la lengua vernácula, la ciudad ejerce como motor del cambio dentro de las comunidades de habla de origen inmigrante. En este caso asistimos a un proceso llamado de sustitución lingüística mediante el cual los inmigrantes, debido a la necesidad de asimilarse a la sociedad de acogida, van relegando sus lenguas a usos coloquiales y familiares para ir sustituyéndolas por la lengua del grupo social mayoritario, la lengua de prestigio.

En estas circunstancias las lenguas de emigrantes pueden venir a ser ridiculizadas como “de menos valor” o “rotas” (inglés ‘broken’) [...]; aquella lengua o variedad que tiene la fortuna de ser asociada con la corriente predominante de las fuerzas sociales tiende a desplazar a las otras. (FISHMAN, 1995: 132)

Este proceso puede desembocar en la mortandad lingüística de dicha variedad, un fenómeno que tiene especial relevancia en la ciudad, donde, a pesar de no conservar el idioma, algunas comunidades pueden seguir defendiendo una identidad propia, observemos el caso de la comunidad italiana de Nueva York cuya lengua es, sin embargo, el inglés.

En definitiva, podemos concluir que si el hombre modela el espacio a través de la lengua; el espacio y en particular el espacio urbano, modela la lengua que en él se habla. Ecosistema, mosaico y motor son algunas de las imágenes que podemos aplicar al escenario urbano en su relación con el lenguaje. Convivencia de lenguas, diferentes variedades de la misma lengua, lugar de prestigio y de innovación, las calles y plazas de la ciudad, las arterias y el corazón, constituyen un excelente laboratorio lingüístico, donde personas que hablan lenguas y dialectos diferentes entran en contacto, reciben múltiples influencias y propagan las formas propias. Mientras la tendencia hacia la urbanización se mantenga, La ciudad se consagrará como el paisaje lingüístico por excelencia.

4. BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, Marc (1992): *Non-lieux: introduction à une anthropologie de la surmodernité*. Paris: Éditions du Seuil.
- CALVINO, Italo (1995): “Los dioses de la ciudad”, en *Punto y aparte: Ensayos sobre literatura y sociedad*, pp. 310-313. Traducción de Gabriela Sánchez Ferlosio. Barcelona: Tusquets.
- CALVINO, Italo (2007): *Las ciudades invisibles*. Traducción de Aurora Bernárdez. Madrid: Siruela.
- DUBOIS, Claude-Gilbert (1985): *L’imaginaire de la Renaissance*. Paris: Presses Universitaires de France.
- DURRELL, Lawrence (1964): *Justine. El cuarteto de Alejandría I*. Traducción de Aurora Bernárdez. Col. Horizonte. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- FISHMAN, J. (1995): *Sociología del lenguaje*. Madrid: Cátedra.
- FOXÁ de, Agustín (1965): *Misión en Bucarest y otras narraciones*. Madrid: Editorial Prensa Española.
- GARCÍA VÁZQUEZ, Carlos (2006): *Ciudad hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI*. Primera edición: 2004. Barcelona: Gustavo Gili.
- HAARMANN, H. (1986): *Language in ethnicity: a view of basic ecological relations*. Amsterdam: Mouton de Gruyter.

- KOOLHAAS, Rem (2006): *La ciudad genérica*. Colección GG mínima. Primera edición: 1997. Barcelona: Gustavo Gili.
- KOOLHAAS, Rem (2007): *Espacio basura*. Colección GG mínima. Primera edición: 2002. Barcelona: Gustavo Gili.
- LE CORBUSIER (1980): *A propósito del urbanismo*. Barcelona: Poseidón.
- LE CORBUSIER (1957): *La Charte d'Athènes*. Avec un discours liminaire de Jean Giraudoux. Paris: Les Éditions de Minuit.
- MAC GIOLLA, D. (2007): *Language and the city*. New York: Palgrave McMillan.
- MONEO VALLÉS, José Rafael (2005): *Sobre el concepto de arbitrariedad en arquitectura*. Discurso del académico electo Excmo. Sr. D. José Rafael Moneo Vallés, leído en el acto de su recepción pública, el día 16 de Enero de 2005. Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio (2004): *Ventanas de Manhattan*. Col. Biblioteca breve. Barcelona: Seix Barral.
- PAVESE, Cesare (2001): *De tu tierra*. Traducción de Juan Manuel Fernández. Martorano di Cesena: Un mar de sueños.
- PEÑALTA CATALÁN, Rocío (2009): “La Guerra Civil española vista desde Bucarest: *Misión en Bucarest* de Agustín de Foxá”, en MUÑOZ CARROBLES, Diego; y ORTEGA ROMÁN, Juan José, *Bucarest: luces y sombras*, pp. 135-148. Sevilla: Grupo Nacional de Editores.
- RICE, Elmer L. (1935): “El metro (The Subway). Una comedia en nueve cuadros”, en *Teatro americano de vanguardia*. Traducción de Horacio de Castro. Prólogo de Cristóbal de Castro. Madrid: Aguilar, 1935.
- TOMASI DI LAMPEDUSA, Giuseppe (2002): *Il Gattopardo*. Milano: Feltrinelli.
- TOUSSAINT, Jean-Philippe (2002): *La télévision*. Première édition: 1997. Paris: Les Éditions de Minuit.
- UMBRAL, Francisco (2007): *Mortal y rosa*. Madrid: Cátedra.
- VIAN, Boris (2006): *L'écume des jours*. Collection Le Livre de Poche. Paris: Pauvert.
- WARDHAUGH, R. (1998): *An introduction to sociolinguistics*. Oxford: Blackwell.
- ZOLA, Émile (1974): *Le ventre de Paris*. Paris: Le livre de Poche / Fasquelle.